

«SANTIFICADO SEA TU NOMBRE»

Hugo McCord



Jesús nos enseñó a orar a Dios diciendo: «Santificado sea tu nombre» (Mateo 6.9). ¿Importa un nombre? Muchas personas responden categóricamente diciendo que no. No se dan cuenta de que están invalidando la primerísima de las peticiones de la oración de los discípulos. El que no crea que un nombre importa no podrá decir en oración: «Santificado sea tu nombre» (Mateo 6.9), es decir, no podrá decirlo con el espíritu y con el entendimiento. Si un nombre no tuviera trascendencia, entonces realmente no importaría que el nombre del Padre fuera santificado o profanado.

Muchos citan a William Shakespeare, cuando expresa: «¿Qué importa un nombre? lo que llamamos rosa, por cualquier otro nombre, el mismo agradable olor despediría».¹ Cuando uno deja la Biblia y recurre a Shakespeare para probar qué es lo bueno en religión, estará reconociendo que su posición no se encuentra en la Biblia. Si a partir de una rosa se hace una excesiva generalización en el sentido de que un nombre es tan bueno como cualquier otro, lo lógico, entonces, es que el nombre de Beelzebú sería igualmente apropiado al del Padre. Hagamos a un lado la Botánica y la Literatura inglesa, y en lugar de estas, recurramos a la Biblia para determinar verdades religiosas. A medida que examinemos la primera petición de la oración de los discípulos, veremos que los nombres importan. A Jesús le pareció así, y Él quiso que a Sus discípulos también les pareciera así. Quiso que entendieran la importancia del nombre de Dios cuando oraban.

NOMBRE SAGRADO

El nombre del Todopoderoso no debe ser tomado a la ligera. Jesús desea que usted anhele desde lo más profundo de su alma que el nombre de Dios sea elevado por hombres y ángeles a un lugar de supremo respeto. Cuando Su nombre es

santificado, es puesto en un lugar por sí solo, alto y sublime, y no está disponible para ningún uso corriente. Adam Clarke señaló que la palabra griega que se traduce por «santificado» se compone de dos ideas: «la tierra» y «no», de allí que el nombre del Padre «no proceda de la tierra» y no deba ser rebajado hasta el estrado de Sus pies.

«¡ALELUYA!»

Como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas y como la voz de grandes truenos, una asombrosa exclamación le fue revelada a Juan. Tuvo el privilegio de oír ángeles que cantaban: «¡Aleluya!» (Apocalipsis 19.1, 3-4, 6).

Esa grandiosa palabra no es solamente un clamor extático emocional, como por mucho tiempo creí. Literalmente, es un mandamiento: «¡Alabad al Señor!». La palabra llega a nosotros en forma griega (*hallelouia*) en las cuatro ocasiones que Juan la oyó en Apocalipsis 19, sin embargo es de origen hebreo. Se compone de dos palabras: *halal* y *Jah*, y significa: «Alabad a Yahvéh». Note Salmos 111.1: «¡Alabad al SEÑOR!» (NASB). Un pie de página de mi ejemplar de la American Standard Version dice: «Del hebreo *Hallelujah*». De allí que, cuando usted cante esta gran palabra con el entendimiento, estará dando reverencia al nombre de Dios al proclamar Su nombre.

PROFANACIÓN DEL NOMBRE

Una y otra vez (Levítico 18.21; 19.12; 20.3; 21.6; 22.2), advirtió Moisés contra la profanación del nombre de Dios. Hubo un tiempo cuando se le tenía tan grande reverencia, que a un hombre se le arrestó y se le encarceló por maldecir y hacer mal uso del Nombre. Todos los que oyeron la blasfemia hubieron de estar presentes (Levítico 24.11-14) cuando fue llevado «fuera del campamento», y cada uno de los testigos tuvo que pasar y poner sus

manos sobre la cabeza de él, como testimonio de que oyeron lo que el culpable dijo. Después de esto se le apedreó.

PRONUNCIACIÓN DEL NOMBRE

Aunque Dios era severo para con cualquiera que blasfemara Su nombre —y escribió en piedra que Su nombre no debía usarse en modo vano alguno (Éxodo 20.7)— Él jamás tuvo la intención de que Su nombre fuera demasiado sagrado para ser pronunciado por labios humanos. Tal superstición surgió y persiste entre los judíos hasta hoy día.

Debido a que Dios mandó que se apedreará a cierta persona por haber usado mal el Nombre (Levítico 24.16), y debido a un mal entendimiento del tercer mandamiento, los rabinos enseñaron que el nombre de Dios es incomunicable, inefable, demasiado sagrado para ser pronunciado por labios pecadores. Sin embargo, la advertencia dada por Dios era sólo en contra de la profanación, no de la pronunciación del Nombre. Si el Nombre no debía ser ni siquiera pronunciado, ciertamente no lo hubieran usado con tanta libertad multitudes de buenas personas durante los tiempos bíblicos: Aparece cerca de 6.873 veces² en el Antiguo Testamento.

La forma abreviada de la palabra hebrea se incluye en Salmos 68.4, donde se lee: «Exaltad al que cabalga sobre los cielos. JAH es su nombre; alegraos delante de él». El uso de esta abreviatura no significa que el Nombre no podía ser pronunciado; más bien insinúa que el Nombre era ampliamente usado. El pueblo de Israel se sentía cercano a Dios y no dudaba en usar Su nombre con libertad y confianza, pero nunca con ligereza.

NOMBRE «TEMIBLE»

Sin proponérselo, se ha hecho un mal uso del Salmo 111.9, por parte de los que señalan que este versículo es el único de toda la Biblia en el cual aparece la palabra «reverendo»,³ y que allí se refiere al mismo Dios.⁴ En realidad, la palabra que se traduce por «reverendo» (del hebreo *yare'*, traducida por «sobrecogedor» en la NASB) se encuentra más de trescientas veces en el Antiguo Testamento. La palabra hebrea *yare'* significa «temer» o «reverenciar». Lot tuvo miedo (*yare'*, Génesis 19.30) de quedarse en cierta ciudad. Además, Moisés mandó: «Cada uno temerá [*yare'*] a su madre y a su padre [...]» (Levítico 19.3). Los israelitas temían, o reverenciaban (*yare'*) a Moisés, a Josué y a Dios (Josué 4.14; Levítico 19.14). Este

gran texto de Salmos 111.9 es una exaltación del nombre de Dios. El Nombre es digno de respeto, de temor piadoso y de espanto y de pavor. La misma palabra (*yare'*) se usa dos veces en Deuteronomio 28.58: «[...] teme este nombre glorioso y temible: el SEÑOR tu Dios» (énfasis nuestro; NASB).

Ciertamente una profunda veneración y un santo pavor se infundieron cuando el Señor descendió en una nube sobre un Sinaí que se estremecía, pasó delante de Moisés y «proclamó» el Nombre, diciendo: «¡EL SEÑOR, el SEÑOR Dios! misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia [...]» (Éxodo 34.6; NASB).

Después, pasó Dios a recomendar esta hermosa y mundialmente reconocida bendición:

El SEÑOR te bendiga, y te guarde;
el SEÑOR haga resplandecer su rostro sobre ti,
y tenga de ti misericordia;
el SEÑOR alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz
(Números 6.24–26; NASB).

No fue por casualidad que el Todopoderoso puso Su nombre tres veces en esas benditas palabras, porque esta fue Su explicación: «Y pondrán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré» (Números 6.27).

Una hermosa arca dorada, con relucientes querubines situados a uno y otro extremo de la cubierta, era el lugar de reunión de Dios con Su pueblo (Éxodo 25.22). Esta arca no debía ser vista ni tocada cuando se le trasladaba de un lugar a otro (Números 4.5–6). Las personas no autorizadas que la vieran, «aunque solo fuera por un momento», habían de morir (Números 4.20; NASB). Se guardaba dentro del lugar más sagrado de toda la tierra: el Lugar Santísimo (Éxodo 26.33; 40.21). Con justa razón se la llamaba a esta arca «con el nombre mismo del SEÑOR de los ejércitos» que está entronizado entre querubines (2º Samuel 6.2; NASB).

EL PODER DEL NOMBRE

Todo judío fiel tenía conciencia en su corazón del poder del nombre de Dios. El joven David no tuvo temor de enfrentarse a Goliat en el nombre del Señor de los ejércitos (1º Samuel 17.45). Ese mismo joven, después de haberse convertido en el «dulce cantor de Israel», recibió inspiración para exhortar a todo judío con estas palabras:

Alabad al SEÑOR
Alabad, siervos del SEÑOR,
Alabad el nombre del SEÑOR.
Sea el nombre del SEÑOR bendito
Desde ahora y para siempre.

Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone,
Sea alabado el nombre del SEÑOR
(Salmos 113.1-3; NASB).

CÓMO ORAR A DIOS

Por más bendito y poderoso que fuera el nombre divino en los tiempos de David, e incluso cuando Jesús enseñaba a Sus discípulos a orar, una oración elevada hoy día solamente en el nombre de Dios no pasará del techo. ¡No se puede llegar a Dios en el nombre de Dios! Por disposición del mismo Padre, hay un solo mediador entre Dios y los hombres (1^{era} Timoteo 2.5). Según su beneplácito, el omnisciente Padre se propuso reunir todas las cosas en Cristo (Efesios 1.10). Tan importante es la posición del Dios hecho hombre, que pudo decir estas sorprendentes palabras: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*» (Juan 14.6; énfasis nuestro). Según el consejo de Su propia voluntad inescrutable, Dios no salva a nadie que esté fuera de Cristo. Jesús es el resplandeciente lucero de la mañana, la raíz y el linaje de David, el Alfa y la Omega, el primero y el último (Apocalipsis 22.13, 16). Es la cabeza del ángulo. «En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4.12).

No obstante, el Cristo no siempre ocupó tal lugar. Antes del día de Pentecostés, que siguió a Su muerte vencedora, la salvación no se recibía en Su nombre, ni la oración se hacía en Su nombre. Dijo: «Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre» (Juan 16.24). Así, cuando Él enseñó a Sus discípulos a orar, no les enseñó a hacerlo en Su propio nombre. En ese momento tal enseñanza hubiera sido incorrecta. Esta es una de las razones por las que la oración de los discípulos de Mateo 6.9-13 no tiene vigencia hoy día. Después que esta oración se dio, se realizó el más grande evento de la historia de la humanidad. En consecuencia, la administración del cielo y de la tierra cambió. Dios exaltó a Jesús, al resucitarle de los muertos y darle que se sentara a Su diestra. No solamente le dio un nombre que es sobre todo nombre, sino que también puso todo dominio, autoridad y poderío a Sus pies. A los ángeles, así como a los hombres, se les manda adorarle (Efesios 1.20-23; Hebreos 1.6).

Cuando usted y yo oramos hoy día, hemos de santificar no sólo el nombre del «YO SOY EL QUE SOY» (Éxodo 3.14), sino también el nombre de Su Hijo unigénito. No podemos honrar al Padre sin

honrar al Hijo, a quien todas las cosas le han sido dadas (Mateo 11.27; Juan 5.23). Hasta los ángeles del cielo dicen: «El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (Apocalipsis 5.12).

El gran Dios mandó que se predicase en Su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones (Lucas 24.46-47). El Espíritu Santo descendió del cielo sobre los apóstoles el día de Pentecostés en Jerusalén, que son, respectivamente, el día y el lugar de nacimiento de la iglesia del Dios viviente. Ese día se le mandó a todo el mundo arrepentirse y ser bautizado para el perdón de los pecados «en el nombre de Cristo» (Hechos 2.38). De ese día en adelante, la oración de los discípulos como tal, dejó de ser apta. Puesto que a partir de ese día, toda oración ha de ser ofrecida en el nombre de Jesús (Colosenses 3.17); todo lo que se relaciona con la vida cristiana, sea de palabra o de hecho, ha de ser llevado a cabo en el nombre del Señor Jesús. La voluntad de Dios es que toda lengua confiese el nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2.9). Lo anterior no significa que el nombre del Padre haya sido rebajado de categoría; al contrario, Dios ha decretado que el que no honra al Hijo no honra al Padre que le envió (Juan 5.23). En verdad, entonces, usted santifica el nombre de Dios cuando santifica el nombre de Jesús y sigue a Este.

¹ Shakespeare, *Romeo and Juliet* (*Romeo y Julieta*), acto 2, escena 2.

² William Gesenius, *A Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* (*Un léxico hebreo e inglés del Antiguo Testamento*), trad. Edward Robinson, ed. Francis Brown, S. R. Driver y Charles A. Briggs (Oxford: Clarendon Press, 1957), 217.

³ N. del T.: En la KJV. En la Reina-Valera se lee: «temible».

⁴ A menudo se usa mal este pasaje, con el fin de probar que ningún hombre debería permitirse que le llamen «reverendo». Los predicadores deben rehusar que se les llame «reverendo», o «excelentísimo señor», o «padre», o por cualquier otro título religioso. Sin embargo lo anterior no se enseña en Salmos 111.9. A veces se usa «hermano» como título, ya que hay quienes llaman a los predicadores «Hermano fulano de tal», mientras que se refieren a los demás hombres de la iglesia con el título de «señor». Nuestro Señor censuró todos los títulos religiosos, cuando dijo: «Pero vosotros no queráis que os llamen Rabi; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos» (Mateo 23.8-9).